

NORBERT BILBENY

Enseñar la responsabilidad en clase



Como maestra tengo que enseñar la responsabilidad, ¿cómo hacerlo, si nadie se compromete hoy con nadie?

M.ª ANTONIA AGUILAR Barcelona

Es verdad: si fuera del aula cada una mira sólo por él, ¿por qué empeñarnos en enseñar la responsabilidad? O peor: ¿es posible enseñarla en estas condiciones? Pues no todos nos comportamos con ética ni queremos mejorar. Y, menos aún, admitimos nuestros errores y pedimos disculpas. En cambio, ser responsable es *hacerse cargo y dar cuenta*. Rendir cuentas, la muy aplaudida pero poco practicada *accountability*, es especialmente exigible a los políticos.

A mi parecer, al profesorado le pueden ocurrir tres cosas que le llenan de desánimo frente a la tarea de educar para la ciudadanía y la conducta responsable. Una es no tener el apoyo de su centro y compañeros. Otra es no creer personalmente en esta clase de educación. Pero la tercera, quizás la más habitual, es que aunque crea en ella y reciba el apoyo del claustro, su pesimismo respecto de la sociedad le quite las ganas de enseñar como desearía.

A lo cual hay que contestar que es precisamente porque la responsabilidad anda tan escasa que los educadores tienen que tomársela en serio y no flaquear, sin dejarse llevar por el dictado de los hechos y las coartadas supuestamente *realistas* que nunca nos permitirían avanzar. Tampoco, así, enseñaríamos lengua y matemáticas, visto que la gente alrededor va perdiendo competencias verbales e inteligencia abstracta y parece que ello nos importa poco. Pero justo está el sistema escolar para contrarrestar esta involución de la especie que ni internet detiene. Si el maestro pensara "eso no vale la pena enseñarlo, porque fuera de la escuela casi nadie lo valora", equivaldría a poner la carreta ante los bueyes, y no al revés. Se da por descontado, pues, que la escuela debe enseñar la responsabilidad a los jóvenes, pese a lo que sucede alrededor.

No obstante, algunos creen que la responsabilidad no es *enseñable*. No es, dicen, una asignatura más, y si lo fuera, en la práctica su valor sería escaso, al no bastar con saber *qué* es ser responsables. Además, tenemos el *deber* de serlo. El problema, por tanto, no es el *qué*, sino el *porqué*, el *cómo* y el *cuándo* de la responsabilidad, y, sobre todo, ante quién o quiénes somos y debemos sentirnos responsables.

De modo que enseñar a comportarse así necesita de la ayuda de lo más personal de nosotros mismos. Precisa la responsabilidad ser educada como un *sentimiento*, además del principio ético y democrático que es. Si no se logra despertar la *actitud* responsable en el alumno, no se habrá conseguido mucho. Ya sé que eso es difícil en tiempos, como hoy, de emociones fuertes y sentimientos blandos: autoestima, empatía, y solidaridad al pronto pago o a corto plazo.

Pero el profesorado sabe o debe saber cómo



ANA JIMÉNEZ / ARCHIVO

La escuela debe enseñar la responsabilidad a los jóvenes, pese a lo que suceda alrededor

hacerlo. Es decir, cómo enseñar el *sentimiento de responsabilidad*. Pues, como todo sentimiento, y a diferencia de las emociones, tiene unos componentes transmisibles y revisables por la vía de la atención, la reflexión, la imagina-

ción... No me puedo extender aquí. Pero más importante todavía es el ejemplo que den los propios maestros y maestras en clase. Su *competencia afectiva* para enseñar algo tan esencial.●

Sanfermines, el precio de la fiesta

¿Es justo que todos debemos pagar la factura de los heridos durante los Sanfermines?

JOSEP CAROL Sant Feliu Llob.

La fiesta de San Fermín en Pamplona tiene tal arraigo y fama que osar criticarla es ganarse el calificativo de aguafiestas. Pero eso no quita que se la pueda criticar. Si unos echan toros a la calle para divertirse, ¿cómo otros no van a poder expresar sus razones para discutir los límites de la diversión!

Fiesta, como conquistador o guerrillero, es un término que pertenece al vocabulario mundial. Somos, dicen, un pueblo "alegre". La fiesta, además, atrae turismo y genera negocio, con lo cual, e inicio mi respuesta, es el propio gobierno local el que sufragará los gastos por cornadas, pisoteos y borracheras en los Sanfermines. Hasta que una mayoría política decida algún día no hacerlo, o eliminar los

graves riesgos de los encierros. De hecho, es una fiesta a la que se acude más por el desmadre general que por la defensa expresa del espectáculo taurino.

En fin: no es injusto que el contribuyente cubra los gastos clínicos de los heridos en la semana pamplonica. Nuestra sociedad del bienestar es compasiva y puede permitirselo. Si fuera *injusto*, tampoco habría que ayudar a fumadores, alcohólicos, glotones, y al gran número de lesionados que produce el deporte. Todos ellos, ya se sabe, "se lo han buscado"; pero, aun así, pagamos su cura. En los Sanfermines la temeridad es, sin embargo, a costa de una salvajada, y eso, más que su coste sanitario, es lo que los hace criticables.●

CATALUNYA
CIUDAD
BARCELONA

Ayudas que dan risa

ENRIC SIERRA

Teresa B. escuchó con atención al presidente Zapatero cuando dijo que el Gobierno va a dar 2.500 euros por cada recién nacido. Ella es una joven madre que hace un año que espera cobrar la ayuda de 625 euros anuales que la Generalitat da a las familias con hijos menores de tres años. Su hija ha cumplido un año este mes y el mal funcionamiento de la Administración, con su papeleo y su pertinaz burocracia, mantiene retenida esa ayuda de risa y por la que nadie se ha lanzado a procrear en masa.

Después de insistir durante meses, de llamar y de recibir la misma respuesta evasiva, se entera de que todavía no le habían dado la ayuda porque falta un papel. Nada ha cambiado. Antaño siempre nos faltaba aquella póliza de cinco pesetas a la hora de tramitar cualquier documento y por la que nos hacían volver mañana.

Lo penoso del caso es que Teresa ya había entregado ese papel en su día y desde la misma eficaz Administración le reconocen que, a menudo, se traspapelan y se pierden. Pero ¿por qué no se lo dijeron? Quizás es mucho pedir. Pobres, con el trabajo que tienen. Teresa lo ha entregado de nuevo y... a seguir esperando. Pero ahí

Nos empeñamos en que nos traspasen competencias y las absorbemos con los mismos malos hábitos ●●

no acaba el despropósito. Como la ayuda es anual, ahora debe solicitar la de este año y, atención, ¡le piden que presente los mismos papeles otra vez!

Impresionante. No hace falta haber cursado un máster en Hamburgo para concluir que si la niña nació en julio del año pasado tiene derecho a recibirla nuevamente. ¿Por qué quieren la documentación otra vez?

Este nivel de competencia suscita muchas dudas. ¿Cuántas familias renuncian a estas ayudas, hartas de que las mareen? ¿No habíamos quedado en que la Administración está para facilitar las cosas en lugar de para complicarlas? Si estamos fichados por todas partes y la Administración se vanagloria de saberlo todo de nosotros, ¿por qué todos estos trámites no se automatizan? ¿Qué pasaría si en lugar de recibir una ayuda, Teresa tuviera que pagar un impuesto? ¿Pasarían también de ella o la perseguirían para embargarle hasta los pañales?

No me extraña que esta madre sonría con incredulidad ante la nueva promesa política de Zapatero. Tanto empeño en el traspaso de competencias y cuando las tenemos, absorbemos también los mismos malos hábitos. Ahora dicen que nos darán cercanías, pero ese traspaso por sí solo no es ninguna garantía de éxito.●

esierra@lavanguardia.es

HOY SUGERIMOS...

FORN DE PA MIR. C/ La Parellada, 47. Vilafranca del Penedès. Tel. 93-892-28-10

Coca adictiva

■ Pocas cocas son tan adictivas como la del céntrico Forn Mir vilafraqués, aunque no es nada alucinógena. Hace ya 45 años que *trafican* con ella, bien acompañada de chocolate, del de tableta, en esta tradicional panadería donde todo es artesano, desde el pan hasta los croissants, las ensaimadas y la coca de panadero. Lo único que no sale de su centenario horno de leña son los Donuts. La llaman coca de *la llauna*. Jordi Mir Farré, de 77 años, la empezó a hacer a los 15 años en el obrador de su padre, en Rocafort de Vallbona. La familia acabaría trasladándose posteriormente a Co-



CARLES CASTRO

Jordi Mir Farré y su hijo, con una coca

nesa, y de allí a la capital del Alt Penedès. Ahora sigue preparando la fórmula secreta de la coca con la ayuda de su hijo. Sólo revelan que todos sus ingredientes son naturales, desde los huevos frescos hasta la harina, el azúcar o la manteca de cerdo, y que su secreto está en "trabajar bien la masa y en hacerla subir adecuadamente". El padre de Jordi Mir Farré, Salvador, consiguió la receta en Argentina de un italiano. De lunes a sábado elaboran en torno a una veintena de cocas, de 1,4 kilos cada una, que venden a 7,80 euros la pieza. A porciones la venden a 65 céntimos los 100 gramos. Mir Solé dice que "gusta a todo el mundo". Hay quien las encarga, incluso, para celebrar fiestas señaladas. - RAMON FRANCAS